
INCREMENTO DEMOGRAFICO Y RECURSOS NATURALES RENOVABLES

JULIO RIQUELME INDA
México, D. F.

Las estadísticas y la opinión de los expertos en materia económica indican que el alto costo de la vida en nuestro país se debe, en gran parte, a la escasez de la producción y a su deficiente distribución. Lógico es considerar, por lo tanto, la necesidad de aumentar lo más posible la producción de los campos y de las fábricas, al mismo tiempo que mejorar con la urgencia que lo requieren los sistemas de transporte.

El impulso de la producción exige indudablemente la concurrencia del factor humano que ponga sus brazos e inteligencia al servicio de sus semejantes en los trabajos agrícolas e industriales, es decir, que es indispensable aumentar el coeficiente de la población activa para dar ritmo normal y progresivo a la producción.

Valiéndonos de una estadística demográfica que hemos tenido a la vista, en relación con las actividades verdaderamente económicas en nuestro país, como son la agricultura, la ganadería, la silvicultura, la caza, la pesca, minas, petróleo y gas natural, industria, comunicaciones y transportes y comercio, calculamos la *población total activa* en 71 110 46, lo que equivale a un 26.9 por ciento del total que es de 26 431 772 habitantes, según el censo de 1950.

Este porcentaje es muy bajo, sobre todo si se le compara con el de peso muerto, representado por 9 144 073 de personas con ocupaciones antisociales, sin ocupación, oficio o profesión productivas, o cuya ocupación se ignora; esta cifra muerta equivale al 38 por ciento del total de los habitantes del país. Del resto, un 33 por ciento de los habitantes se dedican a trabajos domésticos, ciertamente indispensables, pero que no suponen actividad de producción.

Analicemos brevemente estas cifras. Actividades propiamente productoras son solamente las de los nueve renglones antes mencionados, pues las comunicaciones, el transporte y el comercio no crean riqueza, si bien realizan la no menos importante función de poner la riqueza a la disposición de los consumidores. Pues bien, los trabajos que podemos decir del campo, la minería, y la industria —actividades productoras— ocupan nada más que a 6 079 307 personas, o lo que es lo mismo, un 23 por ciento de la población ha de producir los elementos destinados al consumo de toda la nación. Fácil es apreciar que el coeficiente de población productora es demasiado bajo para que el país pueda tener un nivel de vida aceptable.

Esta situación prevalece en la actualidad. Los porcentajes citados no varían y por esto es que consideramos ineludible la necesidad de aumentar el coeficiente de la población activa para incrementar la producción.

Es más apremiante todavía esa necesidad conforme el tiempo avanza y en ritmo acelerado la población aumenta. En los diez años comprendidos de 1940 a 1950, los censos acusaron un incremento demográfico considerable: de 19 653 552 en el primero de esos años, subió la población a 26 431 772 ya para el año de 1950, es decir, hubo un aumento de 6 778 220 de habitantes, equivalente a un 34 a 35 por ciento. Esto significa que en la correspondiente progresión aritmética esa población continuará elevando su cifra, y en diez años más, tal vez alcance la de 35 000 000 habitantes.

Ahora bien, México debe estar preparado para dar alimentación adecuada y suficiente a la población en constante incremento y organizar a sus fuerzas productoras de tal modo que asimismo dupliquen o tripliquen sus filas y emprender una lucha tenaz, no sólo para aumentar la producción sino también con el fin de obtenerla en la menor superficie posible con el más alto rendimiento por unidad, siempre superando la calidad.

En lo que respecta concretamente a la población activa rural, debe dársele todo género de garantías y facilidades para que desarrolle su esfuerzo e inteligencia en un ambiente de paz y tranquilidad, supuesto que su labor tiene que ser eminentemente constructiva. En primer lugar hay que darle tierra y agua como elementos fundamentales para que afiance sus esperanzas y anhelos y así pueda disfrutar de una posición económica que le permita satisfacer sus aspiraciones y subvenir sin más preocupaciones a las necesidades de sus familias.

Mas para que pueda tener tierra y agua es preciso que los otros sectores, aun el que representa el

peso muerto de la población, ayuden en cierta forma, siquiera sea no estorbando ni destruyendo los recursos renovables con que la Naturaleza ha dotado a nuestro suelo, y sin cuya concurrencia no será posible la agricultura, ni la ganadería, en una palabra, la vida.

Esos recursos naturales con sólo un pequeño esfuerzo, mejor voluntad e inteligencia, pueden ser fuente perenne de riqueza y bienestar, porque serán inagotables si se les sabe cuidar y porque son factores indispensables para conservar el equilibrio biológico.

Los bosques, colocados en primer término, representan el elemento básico para que los demás factores antes señalados puedan subsistir, pues está demostrado que sin grandes mesas arboladas la existencia se hace difícil y a veces imposible, en grado tal, que en las regiones donde los bosques desaparecen y ya no hay agua ni suelos de cultivo a causa de haber sido éstos destruidos por la erosión, los moradores emigran a otros lugares propicios en busca de mejores condiciones para la existencia. Con cuanta razón aseguraba Chateaubriand que "por doquiera que los árboles han desaparecido, el hombre ha sido castigado por su imprevisión" y asimismo otros muchos pensadores al referirse a los bosques han dicho que son un recurso natural renovable por cuya conservación y protección deben velar todos los pueblos de la Tierra, a lo que es preciso agregar que tanto los gobiernos como los habitantes todos de una comarca o de una nación entera debe interesarles extraordinariamente velar porque las mesas arboladas perduren, puesto que los bosques son objeto de nuestras primeras necesidades.

De modo es que los ciudadanos conscientes de ese primordial deber, que voluntariamente se imponen la tarea de cumplir ese precepto y que ayudan para que otros también lo cumplan, merecen consideración, respeto y admiración y justamente esa ha sido una de las múltiples labores que viene desarrollando ha tiempo el Secretario Perpetuo de nuestra ilustre Sociedad Mexicana de Historia Natural, el señor Profesor Enrique Beltrán, quien unido a un grupo de otros entusiastas conservacionistas mexicanos, organizó el año 1950 la "Asociación Mexicana de Protección a la Naturaleza", afiliada a la "Union Internationale pour la Protection de la Nature", con sede en Bruselas.

La Asociación Mexicana de Protección a la Naturaleza, en tan poco tiempo que tiene de existencia, ha desarrollado y realizado actividades importantes y no es menos ambicioso y trascendental el programa que tiene formulado para sus labores futuras, todo esto debido al empeño del Prof. Beltrán y sus más allegados colaboradores.

El mismo Profesor Beltrán, antes de la organización de esa Asociación, creó en 1945, dentro de la Escuela Normal Superior, un curso de "Conservación de Recursos Naturales" destinado a los futuros maestros de segunda enseñanza. Refiriéndose a este curso, la revista "Conservación en las Américas", que se edita en Washington, escribía en su número de abril de 1947: "De interés para todo el hemisferio es la organización de un curso de Conservación de Recursos Naturales que será dirigido y enseñado en la Escuela Normal Superior de México, D. F., por el eminente protozoólogo Profesor Enrique Beltrán quien ha sido un líder en el movimiento de conservación en México. Una vez más México muestra ser un guía intelectual y merece las felicitaciones de todo el hemisferio."

En una lección sobre la protección a la Naturaleza, preparada para las Escuelas Primarias de la República Mexicana, publicada bajo los auspicios de la "Union Internationale pour la Protection de la Nature" y redactada por la Asociación Mexicana de Protección a la Naturaleza, al referirse a la cuestión forestal dice:

"Si bien es cierto que los productos básicos para nuestra alimentación los obtenemos de los cultivos agrícolas, no es menos cierto que los bosques nos brindan también grandes riquezas, a la vez que nos ayudan a proteger otras riquezas básicas." Efectivamente, son los bosques los que defienden el suelo de las montañas contra la erosión; son los que regulan el escurrimiento del agua pluvial, haciendo que vaya a alimentar los manantiales cristalinos de donde nacen arroyos y ríos; son los que sirven de morada a infinidad de animales silvestres.

"Originalmente nuestro país contó con bosques frondosos y lozanos. Algunos especialistas han calculado que, antes de la llegada de los españoles, las superficies forestales de México tenían una extensión no menor de 100 000 000 de hectáreas, y la situación seguía todavía muy favorable cuando Humboldt visitó la Nueva España, pues calculaba que del 40 al 50% de la superficie del país estaba cubierta de bosques susceptibles de ser explotados. Hoy, después de siglo y medio de aquella apreciación, las tales inmoderadas, las rozas y los incendios forestales, han reducido la superficie boscosa de nuestra patria apenas a un 10% de la extensión total de la República."

Sigue después una frase que debemos tener siempre presente los mexicanos si queremos prevenir de hambres y calamidades futuras a los pobladores de nuestro país y que dice así:

"Y frente a ese panorama desconsolador de escasez de unos recursos naturales y de disminución incesante de otros, nuestra población aumenta sin cesar, y cada día la destrucción de los recursos naturales es mayor." Este hecho, como lo decimos al principio de esta breve relación, debe movernos a procurar por todos los medios posibles la protección y conservación indefinida y racional de esos recursos indispensables para nuestra propia existencia.

La Sociedad Forestal Mexicana, que siempre sigue con interés las actividades de agrupaciones o de personas que demuestran con hechos apreciables esos buenos deseos para nuestra patria, se complace en felicitar cordialmente al distinguido Secretario Perpetuo de nuestra Sociedad Mexicana de Historia Natural, señor Profesor Beltrán, y en aplaudir la brillante labor que ha venido realizando y sigue desarrollando con el infatigable afán y acierto que tanto caracterizan sus obras.

¡Que la Patria se lo premie!